

---

PANEGÍRICO  
DE SAN JUAN DE LA CRUZ, FUNDADOR.

---

*Ad nihilum redactus sum... et cum gloria susceptissime*  
Yo quedé aniquilado, y me acogiste con gloria.

(PSALM. LXXII, 22. et 24.)

La abnegacion evangélica es una virtud que el mundo ignora ó menosprecia, aunque la religion la aconseja y premia. Sin ella toda santidad es errónea, porque la que es verdadera no tiene otra base ni fundamento.

Para dar una idea del mérito y frutos de la abnegacion evangélica, basta nombrar al solitario contemplativo, al doctor sublime, al dichoso reformador, que, en el siglo XVI, se dignó la Providencia unir á Sta. Teresa con los vínculos respetables de la caridad, del ministerio y de la gloria; es decir, á san Juan de la Cruz; quien se santificó por la abnegacion, y encontró en ella misma la recompensa de su santidad.

¡Ah! exclamaba él; ¿quién podrá dignamente expresar, ni practicar, fielmente, todo cuanto comprende la eminente ciencia de la abnegacion? Ella sola es la que camina por las sendas de una piedad sólida, y la que sabe santamente renunciarse y anonadarse. De este anonadamiento, pues, nace el silencio de las pasiones, y del silencio de las pasiones la tranquilidad, el reposo y la paz del alma.

¿A proporcion de cómo voy yo tomando las expresiones de S. Juan de la Cruz, ¿no veis ya en ellas una exacta pintura de su vida? Si, hermanos míos: cuanto dice de la abnegacion debo yo aplicárselo á él mismo. En ella reunió todos los sacrificios, y con ella recogió todos los consuelos. El mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroísmo: *Ad nihilum redactus sum.* Punto primero. La recompensa

de la abnegacion evangélica en todo su esplendor: *Et cum gloria suscepisti me.* Punto segundo. A. M.

Virtudes que la abnegacion purifica, acciones que dirige, escritos que inspira y sentimientos que consagra, son los diferentes puntos que se presentan á la vista para formar el elogio de S. Juan de la Cruz. En sus virtudes se halla la práctica de la abnegacion; en sus acciones el espíritu; en sus escritos la reunion de su doctrina; y en sus sentimientos se admira la perfeccion que exige: hé ahí á lo que yo llamo el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroísmo.

¿Qué es abnegacion? Una renunciacion de los placeres, de los intereses y de sí mismo. Así la define nuestro Santo. Pero no son todavía sus principios los que yo debo exponer: son sus virtudes las que debo caracterizar. Todas ellas se mueven por el resorte de la abnegacion. Esta virtud, precisamente, es la que distingue á nuestro Santo entre todos los demás; así como entre todos ellos distingue la obediencia á S. Mauro, la pobreza á S. Francisco de Asis, la predicacion á Sto. Domingo, la humildad á S. Francisco de Paula, la caridad á S. Juan de Dios, la confianza á san Cayetano, y la dulzura á S. Francisco de Sales. Mas en la virtud de la abnegacion solamente, ¡cuántas virtudes se encuentran reunidas! La Iglesia nos enseña, que el amor de la abnegacion constituye, con especialidad, el mérito de Juan de la Cruz; y nos advierte tambien, el nuevo lustre que recibe este mérito por la reunion de todas las virtudes. En efecto; tanto cuanto el amor propio engendra pasiones y vicios, otro tanto más bien hace producir la abnegacion semillas de virtud y santidad. De aquí salen, como de su origen, la vanidad, el interés, la venganza, la incredulidad. De ésta, como de su principio, nacen la humildad, el desinterés, la paciencia, la fé.

¿Qué humildad se descubre en nuestro Santo! Él es un apóstol, pues imita sus trabajos; un doctor, pues reúne sus luces; un serafín, pues manifiesta su amor. ¿Y qué juicio hace de sí mismo? Que es un hombre de bajo nacimiento, sin talentos y sin autoridad; un pecador, á quien el Cielo affige y castiga. Son sus propias expresiones. Y ¿quién se las dicta? La humildad. Á esta virtud, la más bien reflexionada, unia la fé más viva; y esta misma fé le hacia envidiar la suerte de los mártires. Ella fué la que imprimió en él un respeto inalterable á los misterios sagrados. *Yo no necesito pruebas de credulidad,* decía con motivo de un milagro; *la fé no tiene mérito cuando la razon humana percibe las cosas.* La que tuvo siempre nuestro héroe fué la que mantuvo su esperanza; ésta fué la que le animó en sus

trabajos y le hizo decir: Yo no espero de los hombres la recompensa de lo que hago por Dios. Máxima, que en todos tiempos dará á conocer, que á la extension de su esperanza solo la puede igualar la de su caridad; caridad tan ardiente por su Dios, como activa por sus hermanos. Las pruebas parlantes de su amor eran el fervor sin escrupulo que le animaba, el desinteresado celo que le dirigia, los santos deseos que le hacian sentir todos los instantes que le retardaban la posesion de su Dios. Su caridad para con sus semejantes se manifestó cuando, por medio de una imprevista encadenacion de acontecimientos, fué llevado á uno de aquellos asilos que la caridad abre á la pobreza enferma. Allí se reproducia de mil diversas maneras la imagen de las miserias humanas. Allí solicitaban todas las atenciones del celo las multiplicadas miserias, no siendo muchas veces recompensado sino con ingraticudes y malos tratamientos. Allí las amargas quejas del dolor se mezclaban con las del descontento, y hacian del ministerio más laborioso el ménos consolativo. Allí se comunicaban las enfermedades que se deseaba curar, y venia á ser muchas veces el sufrido asistente victima de la que intentaba extinguir.

Si á Juan de la Cruz prestaba alas la caridad para volar al socorro de la humanidad affligida, la penitencia le suministraba armas para combatir sin cesar contra sí mismo. ¡Cuántas piadosas estratagemas inventaba para reducir á servidumbre la naturaleza, siempre muy tarda en comparacion de sus deseos para acrecentar las impresiones de la gracia! Al amor de la Cruz, de la cual era discípulo y apóstol, fué al que debió el ilustre renombre que le distingue en la Iglesia. Por la austeridad de su penitencia conservó hasta el sepulcro la más delicada y preciosa de las virtudes. Bajo mil formas diferentes, procuraba la tentacion fuese su corazón accesible á los seductores atractivos de la sensualidad. Mas nó, fisonjera pasion, no conseguirás vencerle aunque tengas la dicha de atacarle. Con facilidad triunfa de los peligros el que sabe triunfar de sí mismo. De ahí provino aquella obediencia respetuosa y universal que se impuso nuestro Santo, hasta en los empleos de mando y superioridad. De ahí aquella fuerza sobrehumana, que le hizo, por decirlo así, el desinteresado espectador de sus propios males. La corona de Juan de la Cruz se compone de todas las virtudes,

Bajo la enseñanza de maestros hábiles, habia hecho ya en las ciencias tan rápidos como brillantes progresos, y la benéfica Iglesia le habia abierto las puertas del santuario. Indeciso, al principio, sobre su vocacion, suplicó al Cielo le concediese el acierto que necesitaba; y siendo oidos sus ruegos, le manifestó Dios lo que debia abrazar.

¡Oh santo Carmelo! Tú solo eras el interesado en su corazón. El reconocimiento le debia fijar entre tus discípulos, especialmente consagrados á la gloria de Maria. Por una especie de retribucion debia á esta Señora el sacrificio de su libertad, respecto de que la era deudor por dos veces de la conservacion de su vida. Siempre contemplativo y solitario, estaba reducido á una estrecha y miserable celdita. Su ocupacion era un continuo combate entre los sentidos, el espíritu y el corazón. Entre las viglias, los ayunos y las oraciones, concebía el proyecto más grande y heroico, El discípulo de S. Alberto y de S. Simon Stok, pensaba serlo de S. Bruno. Mas no eran estos los designios de Dios para con él. Por aquel tiempo tenia alborotada á la España, á la Iglesia y al universo el nombre de una virgen, que reunia en sí la inocencia de Susana, el fervor de Esther, y el heroismo de Judith; de un espíritu vasto y sólido, un ingenio sublime y luminoso, una alma grande y heroica, un carácter firme y activo, un corazón generoso, sensible, noble y único. Sus deseos, sus conocimientos, sus empresas y sus resultados sorprendian, admiraban y arrebatában. De su limpia, delicada é ingeniosa pluma salian rasgos luminosos, efusiones piadosas, trasportamientos amorosos. Aún no he dicho quien es la restauradora del Carmelo; pero al verme bosquejar su retrato conoceréis no puede ser otra que Sta. Teresa. Esta Santa, pues, conocia la reputacion de Juan de la Cruz, sus virtudes y proyectos. Vió la Santa, le habló, y le admiró. ¡Oh padre mio! le dijo, deja esas fervorosas ideas, que más bien son para ti una tentacion que una vocacion verdadera. No haya miedo que encuentres en la cartuja de Segovia una segunda Tebaida. El Cielo te llama á otra parte; quiero decir, al Carmelo, que nunca abandonarás. En tí se cifra su gloria. Tan deudor eres á tus hermanos como á tí mismo. Tu serás entre ellos un apóstol no ménos que un santo. La Iglesia, que sostiene mis proyectos, favorecerá tus empresas. Tú estás destinado para hacer por tu sexo lo que yo he hecho por el mio. Sobre tí fundo mis esperanzas. Á tí te toca llenar sus miras. Empezemos la obra de Dios, y dejemos el suceso á cargo de la Providencia.

¿Podria desconocer nuestro Santo la voz del Cielo en las expresiones de Teresa? Nó, por cierto. Obedeció; y desde aquel mismo instante empezó ya la reforma del Carmelo... Mas; ¿qué digo yo? ¿Acaso necesitaba éste de reforma? ¿Han consultado la historia y la verdad aquellos, que se han atrevido á pintarla en el estado más deplorabile? Nó, por cierto: el Carmelo no se parecia á aquellos rios cuyas aguas pierden su pureza á proporcion de como se alejan de su origen; tenia sus privilegios, pero ningun abuso. El designio de Juan

de la Cruz, no era tanto el de restablecer el Carmelo en su primera perfeccion, cuanto el de darle el mérito de una perfeccion nueva. Su idea se reducía á componer una sociedad de hombres contemplativos, resueltos á menoscabar el mundo y vivir en la austeridad.... Lo primero que hizo fué, enarbolar el estandarte de la Reforma. ¡Oh Durvela, oh lugar distinguido, en donde mostró nuestro Santo la imagen y la esperanza de un Orden, que iba á dar tantos santos á la Iglesia! Yo te doy mil parabienes por poseer las primicias de tan inestimable fruto.

Yo anuncio, hermanos míos, el principio de un Orden, cuyos rápidos progresos merecian fijar aquí mi atencion y la vuestra. Pero desaparezca por un instante á vuestra consideracion la cuna del renaciente Carmelo. Antes de relatar los sucesos de nuestro Santo ocupémonos de sus obras. Pocos santos doctores hay que no se apliquen á aclarar algun dogma de la religion, ó alguna virtud del Evangelio. San Juan de la Cruz trata de la ciencia, casi ignorada, de la abnegacion. Él supone, desde luego, que la imperfecta bienaventuranza que se puede adquirir en esta vida, consiste en la contemplacion del soberano Bien. Esta contemplacion, pues, es la dichosa escala por donde sube el hombre á aquella perfecta felicidad de que gozan los santos en el Cielo. El alma mundana se lisonjea de llegar á la union divina disfrutando de los bienes de la tierra: los busca y los posee; y esta misma posesion la parece una felicidad. ¡Pérfida ilusion! exclama nuestro Santo; ¡cuánto se aparta del reposo que busca por estos caminos tan extraviados! ¿Y querrá esta alma imperfecta, continúa, redoblar sus esfuerzos para adelantar en las sendas de la justicia y de la verdad? ¿Pensará conseguirlo? Nó, por cierto. Sus imperfecciones sirven de obstáculo á sus sucesos.

Para formaros una idea exacta de los sentimientos de nuestro Santo medita estas palabras, que hemos tomado de él mismo: *Pali, et contemni pro te*. Observador Dios de sus combates, le preguntó, ¿qué recompensa queria por sus trabajos? Sufrir, Dios mio, le respondió, y ser menoscpreciado por Vos. Los oprobios y las aflicciones son la corona que promete el Evangelio sobre la tierra. No podia ser otra la que lisonjease la santa ambicion de nuestro Santo. Tomás de Aquino pidió por recompensa la posesion de su Dios; Juan de la Cruz la de los padecimientos y menoscprecios. Este es el tiempo y el heroismo de la abnegacion. ¡Oh Cielo, oh tierra! Vosotros sois los que parece os habeis unido para llenar su miras. El primero, para experimentarlas con las privaciones, las sequedades, las turbaciones y los remordimientos. La segunda, para levantarle una multitud de enemigos.

que cada uno por su parte ataque su reposo, su reputacion y hasta su vida. En esta alternativa de combates sensibles y despreciativos adoraba á su Dios, y le presentaba el homenaje de todo su sér. Dispuesto para todos los contrastes de la vida, conceptuaba como la mayor dicha tener más enemigos y más contradicciones que sufrir, y estar expuesto á oprobios más grandes. Jamás alcanzaron sus enemigos á la extension de sus deseos. Pero despues de haber considerado en san Juan de la Cruz el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroismo, ya es tiempo de que manifestemos en él la recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor.

La abnegacion purifica las virtudes de Juan de la Cruz, dirige sus acciones, inspira sus escritos y consagra sus sentimientos. Ved ahí el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroismo. La abnegacion unió á sus sentimientos una gloria, cuyo resplandor penetra el fuego de la tribulacion; unió á sus escritos una gloria, cuya luz disipa las tinieblas del error; unió á sus acciones una gloria, cuya brillantéz hizo caer las armas de la venganza; unió, en fin, á sus virtudes una gloria, cuyo reluciente reverbero triunfó de la revolucion de los siglos. Ved ahí á lo que yo llamo la recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor. Cuando el justo es acusado, calla. Cuando es provocado, disimula. Cuando es ofendido, perdona. El ejemplo de S. Juan de la Cruz vó á justificar esta doctrina. Él fué acusado, en efecto; fué insultado; fué ofendido. Pero, ¿quiénes fueron sus acusadores? ¿quiénes sus enemigos? Unas manos respetables y estimadas le descargaron los primeros golpes de que fué victima. La Reforma del Carmelo en su origen, no habia motivado resentimientos. Como nunca se habia sospechado que pudiera ser temible, jamás se habia pensado en contradecirla. Así, pues, se levantaba y multiplicaba, y todo el mundo se interesaba por ella. Las córtes de Madrid y Roma parecia que estaban dispuestas más bien á favorecerla que á combatirla. Ocupaba entónces Pío V el trono apostólico, y la Reforma del Carmelo era una obra muy conforme á los designios de este santo pontífice. En Madrid tenia las riendas de la monarquía española Felipe II, que, tanto con su autoridad como con su poder, se declaró á favor de la Reforma. Estos favorables conceptos despertaron las sospechas, hicieron percibir los peligros, y prepararon la tempestad. En una obra tan apreciable solo advertian los discípulos del Carmelo que no querian ser reformados, un menoscprecio de sus privilegios, fruto de un fervor indiscreto y de un celo desasosogado.

Cubierto de oprobios, cargado de prisiones y despojado del hábito característico de la Reforma, fué llevado S. Juan de la Cruz á una

dura y horrorosa cautividad. ¡Juan de la Cruz cautivo! ¡Oh gran Dios! Á Ti es á quien confió su causa y la de su Orden. Santa Teresa vivía aún, y llegó á saber su desgracia. Gemía y condenaba á sus enemigos, pero inútilmente. Nada le sirvió llevar hasta el trono sus quejas y sus lágrimas: en vano imploró la proteccion y amparo de Felipe II, porque todo correspondía á sus deseos con debilidad, y la persecucion subsistía. ¡La persecucion? ¿qué expresion es esta que se me ha escapado? Yo la retracto. Nuestro Santo me lo ordena. Con ménos rigor miraba él á sus jueces. Penetremos con nuestro espíritu la tenebrosa cárcel en que estaba encerrado. ¡Ah! mucho ménos nos admirarán las cadenas que le sujetan que las virtudes que muestra. Desde la oscuridad de una profunda gruta en que se hallaba, no se le oía proferir contra los que le habían condenado el más leve motivo de queja. No se atrevía á decir si ellos estaban animados de un verdadero celo, ó el suyo era obra de la pasion. Propendia á justificarles, porque les quería; procuraba excusarles, porque les respetaba. Los mismos sentimientos oponia á nuevas durezas y rigores. Así que, el teatro de sus humillaciones vino, al fin, á ser el de su gloria; pues, aquellos mismos que contradecian sus proyectos los adoptaron, favorecieron y protegieron. Desengañados, al fin, sus enemigos, no dudaron en declararse los admiradores de su santidad, injustamente escarnecida, constantemente sostenida y generalmente triunfante. El Cielo mudó el lugar de su esclavitud en un lugar de consuelo y de delicias. En el más violento choque de los combates que le presentaron los hombres, oyó una voz milagrosa que le dijo: *Yo estoy contigo para librarte*. Oyóla, y se cumplió la promesa. Rompiéronse sus cadenas y quedó libre repentinamente. La Virgen Santísima, su constante protectora, se le apareció en medio de sus penas, y del seno de la nube en que iba, salió otra agradable voz que le repitió: *Sígueme*. Lo hizo así, y quedó restituido por medio de un prodigio á sus discípulos, á la Reforma y á sí mismo. ¡Con cuánto respeto iban sus hijos á presentarse á él! ¡Con cuántas demostraciones de amor le recibieron! ¡Con cuántos honores le distinguieron! La abnegacion, pues, añadió á los sentimientos de nuestro Santo una gloria, cuya brillantéz excedió al fuego de las tribulaciones. Yo añadiría, que la abnegacion aumentó á sus escritos una gloria, cuyo resplandor dispó las tinieblas del error.

Á fines del último siglo apareció en Francia el Quietismo, hereja tanto más temible, en cuanto se presentaba cubierta con la máscara de la piedad, y bajo la proteccion de la elocuencia. Para refutarla no se necesitaba más que exponer con precision los principios sábios,

reflexionados, sólidos y ortodoxos de Juan de la Cruz. Sin embargo, tuvo valor esta hereja para armarse de objeciones especiosas, y producir las obras de Juan de la Cruz en justificacion de los errores que condena. Questionaban, y se separaron dos hombres inmortales por sus talentos y por sus escritos. El uno de los ilustres rivales, era más profundo en sus obras; el otro, más brillante; el primero, más sublime; el segundo, más delicado en sus ideas; ambos, oradores, teólogos y controversistas; el obispo de Meaux con más fuerza; el arzobispo de Cambray con más uncion. Opuestos uno y otro en el modo de pensar, sobre la materia más delicada y abstracta, tuvieron á grande honor seguir el dictámen de nuestro Santo; y apelando á su autoridad, pretendian defender su doctrina con igual fidelidad y suceso... Pero los sucesos solo pertenecen á la verdad, y ésta triunfa por la doctrina de Juan de la Cruz, que es la luz decisiva que disipa todas las tinieblas. Bossuet meditó la doctrina de nuestro Santo. Después de un maduro exámen, le llama un *Contemplativo sublime*, capaz por sí solo de confundir á todos los falsos místicos; un *santo*, un *doctor*, á cuya observadora consideracion se ilumina aquella noche oscura donde el alma, que está alimentada con la fé, se pierde dichosamente en el seno de la divinidad. ¡Con cuánta exactitud le defiende de la sospecha de favorecer los errores que se adornan con un nombre tan respetable! Sentencia la Iglesia, y triunfan los dos rivales con mucha gloria de Juan de la Cruz: el uno, lisonjeado de haber vencido, no tanto por su interés, cuanto por el de la verdad; el otro, además de su vencimiento por la confesion de su error, por su sumision. Esta decision de la Iglesia es tan honrosa á la doctrina de nuestro Santo, como lo fué á Santo Tomás la solemne decision del Concilio de Trento. La abnegacion, pues, añade á los escritos de nuestro héroe una gloria, cuya luz disipa las tinieblas del error; aumenta además á sus acciones una gloria, cuya brillantéz derriba las armas de la venganza.

Del sòlo pontificio emanó un decreto que separó los dos Carmelos. Este decreto, pues, habia exigido en el nuevo un nuevo régimen. Conviene llegar al origen de este acontecimiento, tanto por la gloria de Juan de la Cruz, como por la de su Orden. El sábio y virtuoso Doria, que la gobernaba entónces, habia formado un tribunal compuesto de seis hombres los más distinguidos de la Reforma, para que sentenciasen, definitivamente, sobre todos los puntos contestables. Nuestro Santo era la cabeza de él. Á vista de este reglamento se commovieron los espíritus. Hasta las mismas hijas de Santa Teresa, que no tenían á su madre por guia, se declararon contra una

obra, que miraban como un abuso. Doria apeló á la decision del príncipe. Creía detener la insubordinacion por la autoridad de Felipe II; pero todo fué en vano: la indocilidad se valió de sus recursos: llevó hasta Roma sus causas y su justificacion. Admite Sixto V las quejas y las favorece. Muere este pontífice, y Gregorio XIV dá nuevas órdenes. Juntase un capitulo general... Nuestro Santo se estremecia á vista del cisma que amenazaba al reciente edificio de la Reforma. ¿Qué hará para atajar el peligro? Emplear cuantos medios dicta la prudencia y el celo. Una lengua interesada le acusó, de que él era el autor de la intriga y el móvil del cisma. ¡Cuán sensibles no son los golpes descargados por una mano á la cual estimamos! Cuánto más sensibles le eran á nuestro Santo, otro tanto más mérito procuraba tener para con Dios. Aunque públicamente se le privó de sus empleos, haciéndole blanco de España y de la Iglesia en un lugar de destierro; aunque por una determinacion poco reflexionada, se pensaba sacrificarle en las misiones de las Indias, no condenaba su corazon un juicio tan riguroso, cuyos motivos tal vez serian legítimos. Yo he procedido mal, exclamaba, pues que he sido condenado; mis hermanos me conocen mejor que yo á mi mismo. Su virtud sale por garante de su inocencia y mi prevaricacion... Vosotros, autores de estas penas y espectadores de sus virtudes; vosotros, digo: ¿cómo habeis desechado la impresion que hace sobre vuestros corazones el heroismo de su penitencia? Sorprendidos, desengañados y confundidos, os avergonzais de no haber penetrado desde luego el velo que cubria á vuestra perspicaz atencion esta alma grande y maravillosa. Vosotros haceis retremblar con vuestros gritos todos los lugares de la Reforma que reprenden vuestra injusticia. Mas ¿cuán honrosa es para nuestro Santo esta reparacion!

¡De cuánta complacencia me sirve considerarle en el desierto de Peñuela! Sus humillaciones se vuelven homenajes. Tanto el superior como los sábitos que componen aquella respetable casa, honran en él á un padre, á un maestro. Pero no debía gozar mucho tiempo de su gloria. ¡Ah! Ya habeis llegado vosotros, tristes momentos, en los que el Cielo, más riguroso que los hombres, acabará con las pruebas más terribles el sacrificio de Juan de la Cruz: ya habeis llegado. Agobiado de males, y como una victima lánguida y extenuada, no es ya su cuerpo otra cosa que una pura llaga. Á los rigores de una enfermedad la más complicada, se juntaron los de un superior insensible. Todo se reunia para representar en él la imagen de Jesucristo paciente, crucificado, desamparado y hecho un hombre de dolor. Pero, ¡oh imprevista mudanza! Habiendo llegado á noticia del supe-

rior que en la provincia de Andalucía presidia la Reforma, las injustas vejaciones que experimentaba nuestro Santo, acudió inmediatamente allá lleno de indignacion. Con suma veneracion y tristeza, fija sobre él su vista, y dijo: «Que venga todo el pueblo á admirar el prodigio de santidad que tiene la felicidad de poseer este retiro, y el espejo de paciencia que me admira tanto cuanto más me aflige.» Á vista de este glorioso testimonio, olvidó su superior el encono; y se retractó de su mal juicio, postrándose á los pies del Santo. El mismo Dios se deleitó en coronar con los más singulares favores al héroe y al modelo de la abnegacion... Al instante le rodeó una resplandeciente luz. Como profeta, anunció el tiempo en que se habian de romper los lazos de su mortalidad. En esta disposicion, oró, perdonó, exhortó y espiró.

Quando el mundo no teme ya en los escogidos de Dios los ejemplos que le condenan, no tarda mucho en cambiar la envidia en veneracion. Al instante concede á la santidad toda la gloria que ha intentado quitarla. Parece que con el resplandor de sus auxilios, la indemniza de la injusticia de sus preocupaciones. La vida de Juan de la Cruz fué una série de prodigios, ignorada hasta entónces porque él así lo habia querido. Pero en el instante mismo en que este hombre de abnegacion cayó bajo los últimos golpes de la muerte, todo se mudó sobre la tierra. Consternados los pueblos, juntaban sus lágrimas con las de sus discípulos. Los tristes honores que se ofrecian á sus cenizas, se interrumpian con los brillantes elogios que la voz pública concedia á sus virtudes. Entónces fué cuando salieron del seno del olvido aquellos milagrosos acontecimientos que estaban sepultados, y con los que habia sido su ministerio tantas veces favorecido. Entónces se acordaban de haberle visto caminar sobre las aguas como á otro S. Pedro, y haberle hallado vencedor de la muerte bajo las ruinas de un edificio desmoronado y deshecho. Entónces se citaban y ratificaban los magníficos testimonios que habia dado de él Sta. Teresa.

Hermanos míos, imitemos las virtudes de S. Juan de la Cruz. La vida de los santos sirve de regla para la conducta de todos los hombres. San Juan de la Cruz tuvo el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroismo. Abrazemos, pues, la practica de la abnegacion en todo cuanto sea útil. Ella fué la que purificó sus virtudes, la que dirigió sus acciones, la que inspiró sus escritos, la que consagró sus sentimientos. En la práctica de la virtud jamás concedamos nada al amor propio. Nunca sea la vanidad el frívolo motivo de nuestras acciones. No nos hagan perder nuestros talentos la modestia, que real-

za siempre los más brillantes sucesos. Pensemos ventajosamente de los demás, y tengamos por lo que hace á nosotros sentimientos humildes. Puede ser que no se nos conceda, como á S. Juan de la Cruz, recoger la recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor; pero si no triunfáremos con brillantez de las tribulaciones, tendremos el mérito de sobrellevarlas sin zozobra. Si no confundimos de un modo luminoso el error y la mentira, tendremos el mérito de evitar con horror las seducciones de ella. Si no anonadamos con claridad las imputaciones de la calumnia y de la venganza, tendremos el mérito de perdonar con generosidad las malas voluntades y los atentados. En fin, si no nos adquiriéremos un renombre, que penetre con resplandor la oscuridad de los siglos, tendremos el mérito de una virtud, que, practicada con fervor y con constancia, nos llevará por los pasos de S. Juan de la Cruz al reino de los Cielos.

---

 PANEGÍRICO

 DE SAN JUAN CRISÓSTOMO, OBISPO Y DOCTOR.
 

---

*Fuit vir potens in opere, et sermone.*  
 Fué un varon poderoso en obras y en palabras.

(Luc. xxiv, 49.)

Santidad y doctrina: santidad, que embellece el alma de méritos y el corazon de virtudes; doctrina, que llena el entendimiento de luz é infunde al lábio elocuencia; santidad, que, combatiendo inexorable todos los apetitos de la naturaleza, todos los afanes del corazon, hace al hombre superior á sí mismo, despreciando los bienes terrenales, y por lo tanto, mejor dispuesto á la adquisicion del saber, y más ávido de los ricos tesoros de la sabiduria; doctrina, que, iluminando el espíritu de una luz, tanto más intensa cuanto más vacío lo halla de afectos mundanos, le abre el seguro camino del eterno principio de todas las verdades; santidad, que, á fuerza de agonias, de privaciones y de ayunos, se procura á sí misma el fin venturoso; doctrina, que ansiosa de celo por el verdadero fin del hombre y los medios de alcanzarlo, amaestra hácia tan grande objeto á los que la rodean: santidad, que, aunque humilde, ofreciéndose siempre majestuosa á todas las miradas, obliga dulcemente á amar la virtud, hasta por los malos; doctrina, que, confundiendo la ignorancia y el vicio con su esplendor benéfico, conduce eficazmente á las buenas obras, hasta á los más tibios: esos son, carísimos hermanos, las señales con que nuestro Redentor, así como formó la augusta idea que quiso ofrecernos de sí mismo y de su mision en la tierra, así, del propio modo, formó y nos puso el invariable modelo de lo que son y deben ser entre los fieles aquellos, que escoge para representantes suyos en su Iglesia, quiero decir, los obispos, ordenados para el gobierno de la redimida grey: santidad y doctrina, que constituyen la gloria de la Iglesia, la defensa de los fieles, y la inmortal auréola de los pastores;

santidad y doctrina, que simboliza aquella real matrona, que, vestida del sol y coronada de estrellas, enamora el Cielo y la tierra con su majestuosa belleza en el Apocalipsis. ¿Y cuál de las innumerables iglesias no ostenta cada día en sus propios obispos, hermanadas la santidad sublime y la maravillosa doctrina? ¿De qué silla episcopal deja de derramarse este olor de virtud, que santifica, y esta luz de saber, que tanto enseña? Pero tú, sobre todas, reina del Bósforo, tú, sobre todas, alza erguida la altiva frente, y desafiando segura á todas tus hermanas, di el nombre de Juan Crisóstomo; pues que si desapareció ya la gloria de tus Constantinos y de tus Teodosios; si tu frente, orlada un tiempo de la imperial diadema, está ahora empañada con la indigna venda otomana; si los augustos piés, que, temblando, besaron tantas provincias á tí sujetas, se ven ahora ahrorojados por el ignominioso cepo del cinico Mahoma, la gloria de santidad y de doctrina con que te ilustró tu Juan Crisóstomo, subsiste todavía, y seguirá viviendo por todas las generaciones eternamente en la Iglesia. Sea de ello una prueba esta fiesta con que le obsequiais. ¡Ojalá pudiera yo, hermanos míos, colmar vuestra devoción según me siento arrobado! pero el asunto es superior á todas las alabanzas; y ya que de todos modos algo debo decir, consentid que os lo presente como un santo de pureza sin igual en sus juveniles años; un santo lleno de inextinguible fervor en el sagrado ministerio; y un santo dotado de una paciencia á toda prueba en las persecuciones. ¡Oh gran Santo y preclaro obispo! comunicadme un destello de aquel fuego con que tan elocuentemente desde la cátedra de la verdad hablabais: y si de ello no soy digno, haced gracia á la piedad de este mi auditorio á vos devoto. A. M.

Familia insigne por nacimiento y por ilustres hazañas de los antepasados en la guerra; admirada en la paz, fecunda en riquezas, y temida por sus alianzas de parentesco; un padre esclarecido por heliosos sucesos y por militares distinciones, y por desgracia fallecido antes de que el hijo le conociese; su ingenio agudo y sublime, tan fácil en aprender como ardoroso en el estudio, y una indole viva é impetuosa; además, superior á los jóvenes á él iguales en condición y fortuna; tal fué, hermanos carísimos, el ancho campo que desde luego debo abrirlos, para pintarlos las virtudes del Crisóstomo; situación bien difícil y peligrosa, mucho más que la de una vida consagrada exclusivamente al trabajo, ó á una soledad siempre libre de ocasiones. Por lo visto; qué ideas, naturalmente hablando, podrían brotar de la mente, y qué deseos del corazón en presencia del bello

caadro que ofrece una vida, que proporciona los medios de satisfacer todo deseo, y que alimenta las ilusiones del fausto, de la vanidad y de los placeres; ideas y deseos que tanto agitan los ánimos, aún de aquellos que no tienen los medios de llenarlos? Mas la bella alma de Juan, viendo solo en todo eso apariencias, miseria y amargura, aprendió temprano á menospreciar, aún antes de conocerlos, semejantes bienes, que parecía haberle concedido Dios con el único objeto de ver triunfar en Crisóstomo las altezas de la gracia. Cierto es, que Antusa su madre, jóven viuda de veinte años, y de notable aspecto, requerida para nuevo enlace, cerrando los oídos á cuanto no sea la voz de un vivísimo amor materno, fortificado por la luz del Evangelio, todo lo desatiende y tiene en ménos, para dedicarse exclusivamente al cuidado de sus tiernos hijos; y si la madre de Samuel, separándose de su hijo, lo consagró al santuario en prenda de gratitud al Señor, Antusa, victoriosa asimismo de la debilidad del sexo, y de los halagos de la juventud por amor de sus hijos, se inmola á sí propia en holocausto santísimo de continencia; y cierto es, igualmente, que Juan, respondiendo á la piedad de la madre, y animado de análoga pureza, se consagra á su vez á nuestro Señor Jesucristo. No vive como Samuel á la sombra del tabernáculo; no se aparece rodeado del silencio del santuario; mas ¿qué importa? Bien sabe hallar el silencio y el tabernáculo en medio de las distracciones de la ciudad bulliciosa, y en el mismo fausto del hogar. ¿No es condición del santuario, que el hijo de un renombrado general, vista un grosero sayo, atrayendo sobre sí la burla y el sarcasmo? ¿No es ocupación del tabernáculo, que un jóven de precoz ingenio, cual lo es Juan, maestro en las humanas letras, robustecido el espíritu en la filosófica disciplina, sobresaliente á todos sus compañeros, desplegando en los argumentos de los ejercicios pedagógicos una feliz elocuencia, que admira á los iguales, arrebatada á los maestros y enajena los corazones; experimente enojo á las alabanzas, olvide por humildad su propio mérito, desprecie el inmenso caudal de conocimientos que posee, y, lleno de Dios, prefiera el estudio de las Escrituras, leyéndolas y meditándolas día y noche, hasta retener largos pasajes de memoria? ¿No es propio del santuario que Juan, huyendo todo trato social el tiempo que pasa fuera del aula, todas las horas que no dedica á la Iglesia, se encierre en su aposento, y allá, solitario, divida sus pensamientos y afectos entre las meditaciones más profundas y las más fervorosas oraciones? ¿No es una virtud hija del tabernáculo, que Juan, sóbrio en sus comidas, recatado en su porte, escaso en sus palabras, ostente una severidad de costumbres y un rigor de

vida digno de veneración en un anciano morador del claustro, mientras se ve por ello acusado de insociable y salvaje?

Y aún cuanto llevamos manifestado no es sinó el principio de aquella su incomparable limpieza. Y sin detenernos en la virtud, que aunque altísima y sublime, es muy comun en los héroes de Cristo, que en todo panegirico deba casi tenerse por sobreentendida, menciono la pureza, puesto que sin su candor ninguna otra virtud es cándida, ni sin su belleza ninguna otra virtud es bella; pureza, que en Juan fué realmente angélica por la celosa custodia de los sentidos, por virginal castidad de pensamientos y afectos; pureza, cuyo severísimo rigor en Juan fué señalada por varios escritores como orgulosamente austero. Añadid, carísimos hermanos, la absoluta privación de todo recreo, aún del más inocente; añadid la piadosa y constante conferencia con S. Basilio, acerca de los mejores medios de santificarse á sí propio; añadid el ardentísimo deseo de abandonar su hogar y huirse al desierto; añadid el entregarse sin cesar á la penitencia en todos los actos de su vida, que se reducía á una virtud continuada. Imaginaos ahora, hermanos míos, ¡qué suavísimo contento el del corazón de la madre ante la santidad del hijo; y de qué goce y dulzura palparía el de Antusa al recoger en su hijo tan copiosos frutos de sus desvelos! No sabré deciros si presa de sublime veneración contemplando extática á su Juan como un raro don del Cielo, mientras parecía amarlo con maternal cariño cual hijo, más bien en su corazón lo reverenciaba cual ángel del Paraíso; pero si puedo aseveraros, que desde el instante que descubre en Juan el proyecto de huir al desierto con su amigo Basilio, aterrada no halla paz, angustiada no duerme, no come afanosa; y, finalmente, cediendo al más acerbo dolor, con lágrimas en los ojos y suspiros en el labio, arrojase al cuello de Juan, y sollozando exclama: Dulcísimo hijo mio, hijo más de mi corazón que de mis entrañas, solo Dios es testigo de cuanto te amo y de lo que me cuestas; ni tú lo ignoras, que bien claro te habla mi viudez, que por tí me es más grata que el más rendido esposo, y el continuo sollozo que mi habla turba, y este llanto tan amargo que me inunda. Tú, que eres mi única y cumplida merced por todas mis privaciones; ¿vás á prepararme ahora un cruel aislamiento? Viuda una vez de mi amado esposo; ¿he de quedar también viuda de mi hijo? ¡Oh Juan mio! si las lágrimas de una madre... quiere continuar, pero cae desmayada en los brazos de su hijo. Quizás esto os parezca, hermanos míos, una importuna demora á la santidad á que Juan es por Dios llamado; pero vosótras, madres que me estais escuchando, no dudo perdonais de todo corazón á Antusa

este exceso de maternal ternura; ni tampoco vosotros, hermanos míos, acusareis á nuestro jóven héroe, si vencido del natural cariño cede á las súplicas de aquella madre, á la que es deudor de esa santidad que tanto la halaga.

Cede; pero crece más y más la austeridad de su vida: cede; más convierte la soledad del hogar materno en la soledad del desierto: cede; pero son mayores los rigores de la penitencia: su alimentacion no es ya templanza, sinó continuado ayuno; su descanso no es sueño, sinó vigilia interminable; su cama no colchon ni tablas, sinó el duro suelo. Cede; pero por poco tiempo. Tal género de vida, aunque tan áspero, no le complace del todo; y á la vuelta de algunos años, abandonando por fin la casa paterna, se esconde en los vecinos montes á dar nuevo pábulo á sus virtudes y padecimientos. No ve ejemplo de santidad que no se afane en imitarlo, ni rigor que no practique, ni penitencia que no haga, ni cueva donde no se oculte á orar, á meditar, á entregarse á la flagelacion ó al llanto.

Mientras tanto, un ilustre congreso de prelados pone sus miras en Juan para ordenarle obispo, cuando el héroe, anonadado con tamaña elevacion, se esconde, burla las pesquisas, y justifica su conducta con la publicacion de una obra sobre el sacerdocio; en la cual, derramando nueva y clarísima luz sobre la grandeza de los órdenes sagrados, y desarrollada la perfeccion de las virtudes que la Iglesia, junta con la gloria de Dios y la indole del santo ministerio reclaman de los sacerdotes; no permite discernir cual sea más sublime ó portentoso, ó la humildad de Juan, que rechaza la estola, ó la elocuencia de Juan, que su estima y santidad proclama. Mas depón tanta resistencia, oh Juan: júntese el celo sacerdotal con tu pureza: la voz de tu obispo te llama al santuario.

El espíritu de actividad que constituye el celo evangélico, y que á los hombres apostólicos inflama, aparece definido en las sagradas páginas un espíritu único en su fin, que es la gloria de Dios, multi-forme en sus cargos ó empleos, fecundo, benéfico y hacedor de todo bien (1). Caridad para enseñar, fuerza para contener, piedad para auxiliar, energía para resistir; valor para repeler, humildad contra los insultos, paciencia en los cuidados, las vigiliyas y el trabajo; todo lo abarca ese espíritu que resalta en el carácter del Crisóstomo, quien con su levantado corazón todo lo abraza, con intenso celo á todo ocurre, con arrebatadora elocuencia todo lo ilustra. El excesivo rigor de sus penitencias ya le ha llevado á restaurar un tanto la

(1) SAP. VII.  
TOMO II.

quebrantada salud en Antioquia, donde Melecio le nombrará diácono, y Flaviano, su sucesor, le ordenará sacerdote, destinándole á predicar la palabra de Dios, cargo hasta entonces únicamente desempeñado por los obispos. No bien se aparece Crisóstomo en la cátedra sagrada, no bien se oyen los acentos de su voz, cuando toda Antioquia resulta pendiente de sus lábios y compungida con su decir. La claridad de sus discursos ilumina los entendimientos, y todo afecto se humilla ánto la uncion de sus discursos. Y cómo oponerse al imperio de una santidad, que, primero, se ofrece ella misma como ejemplo, y luego se sujeta á los preceptos? ¿Cómo resistir á una caridad, que habla en el exclusivo beneficio de los que escuchan? Extincion de ódios, reconciliacion de enemistades, acrecentamiento de fervor, abominacion de la culpa, amparo de la pobreza y de la viudez, junto con la expansion de todas las virtudes; tales son los óptimos frutos del ardor de Juan, que es todo para todos hasta perder el aliento.

Mientras tanto el pueblo de Antioquia, ciegamente instigado, insulta la majestad del monarca, que iracundo, amenaza desde la metrópoli una ejemplar venganza; y pasando los ciudadanos de la ira y del arrojio al temor y espanto, caen en la consternacion más alictiva. ¿Ay de los desdichados si no fuera por el Crisóstomo! Él solo, impasible en el común y universal abatimiento, vuelve con sus palabras la calma á los desmayados corazones, levanta los ánimos; y apoyándose en las circunstancias, invita al pueblo á la compuncion, y á implorar del Señor el perdon de sus desmanes; y dejándolo postrado á los piés de los altares, corre el Santo, amante de su patria, á deponer sus lágrimas á los piés de los ministros del monarca; los que, vencidos por su elocuencia, desarmar el enojo del príncipe, quien devuelve la paz á Antioquia.

Pero más ancho campo abre Dios al celo de Juan en la silla episcopal de Bizancio. La ciudad, reina de Oriente, anhela para su obispado al más venerable de los sacerdotes, y hé aquí á Juan en Constantinopoli. Comienza la santificacion de su grey mediante una completa reforma, en la que suprimida la pompa de adornos, el aparato de criados, el lujo de la mesa, hace del episcopado el celestial espejo de una voluntaria desnudez, mucho más admirable y magnífica que todo el fausto de la grandeza. Alza elocuente su voz, robustecida por el ejemplo; é inflamada su lengua por el fuego de la caridad, vibra contra el lujo, y corrige y morigera. Los ahorros del obispo proporcionan patrimonio á los pobres, alimento á las vírgenes, auxilio á las viudas, y asilo á los párvulos. Siempre está pron-

to y dispuesto á enseñar á su grey; además de las públicas y victoriosas homillias, llama á sí cuantos conoce más necesitados de doctrina; y la quietud de su aposento, el silencio de la noche y las horas del sueño, todo lo consagra á la enseñanza privada. Estudia afanoso las necesidades de su pueblo, recorre su vasta diócesis, erige hospitales, asiste á los pobres; y de todos esos cuidados amorosamente celoso, ni confiado más que en sí mismo, él en persona auxilia, sirve, santifica y consuela. Reserva los más vívicos cuidados y las más enérgicas exhortaciones para su clero, que con cariño á su alrededor llama; y tan dulcemente acaricia, con tal persuasion aconseja, con tanta emocion llora, suplica y declama, que á la anhelada perfeccion los guía. Ningun género de miseria le arredra ni le aquea; las familias divididas miran en él su ángel de paz, devolviéndoles la tranquilidad; los oprimidos hallan en él su infatigable protector y patrono; las oscuras é ineffectas cárceles lo ven animoso, entre el hedor y los horrores, calmar la desesperacion y derramar consuelos entre las almas frenéticas y laceradas. No hay riña ó disputa sin que siempre fácil, siempre eminente, no acuda á ganar nuevas palmas su triunfadora elocuencia. Arranca suspiros del pecho y llanto de los ojos en susp lácticas, en las cuales desciende patética la verdad desde la mente al corazon, y lo conmueve. En las epístolas de diferentes géneros, la lucidez, el candor, la facilidad, la prontitud, la gracia, templada con la fuerza de los argumentos, y los afectos ya simples, ya vehementes, deleitan con toda clase de sabores, y profundamente arrebatan. Si habla de compuncion ó de recogimiento del alma hácia Dios, lo donoso del estilo, las melancólicas tintas de las figuras, los éxtasis del alma, y el fuego de los desedos recuerdan á Jeremias, que más distante y más enamorado de su Jerusalén, pinta llorando á las ingratas márgenes del Gobar su majestuosa belleza, y su regeneracion suspirando invoca. Si escribe de los misterios ó de la verdad revelada, sus conceptos é ideas manan del Cielo; y arrebatado como Pablo, para contemplar los dilatadissimos horizontes de la luz increada, en el vigor de las sentencias, en la valentia del estilo, en la elevacion de las imágenes, en la sublimidad del pensamiento, se asemeja al robusto Isaias, á cuya divina facundia, enfiurecidos los impios por su propia derrota, mejor respuesta no hallaron que una cruel sierra que lo parió por medio. Y cuando trata de la virginidad, ¿no son lirios donde pae el eterno Cordero en cada palabra, á cuya lectura siéntese el alma como arrebatada y de aquella angélica virtud embelesada? Y cuando enseña á las viudas; ¿no arma al sexo débil con aquel valor, que hace tan veneradas é insig-

nes las Judiths en el hogar doméstico y en el campo, ó las Anas en el retiro y en el santuario?

Mas la santa Jerusalén no se reedifica sin que la envidia del samaritano perturbe sus trabajos; y es menester que cuando el hebreo, arquitecto ingenioso y desarmado se entretiene con la paleta construyendo arcos, aparezca también á un tiempo guerrero intrépido, blandiendo la espada para rechazar el asalto de los enemigos. Con igual celo el Crisóstomo, mientras amaestra y regenta á su grey, se ve al mismo tiempo obligado á combatir los alevos lobos. Llamo lobos á los herejes, que braman alrededor blasfemias y errores, y Juan con invencible dialéctica los confunde; lobos son los anomeos, cuyos delirios Juan destruye en victoriosas contiendas; lobos son los hebreos, cuya pertinacia quebranta Juan con argumentos irrefutables; lobos son los enemigos de la vida monástica, cuyos sofismas Juan descubre con maravillosa sagacidad. Por difíciles que sean las disputas, por sérios que sean los obstáculos, por grave que sea la prueba, Juan nada teme, habla con libertad, magnánimo desafia, ó invencible jamás se arredra. Es una columna de hierro, que nada dobla; es un muro de bronce, que no cede á ningún embate: columna de hierro en corregir la vida demasiado muelle de algunos monjes, que ántes servían de escándalo que de edificación á su pueblo; muro de bronce en condenar los juegos y los espectáculos corruptores de las sanas costumbres; columna de hierro en sacar á plaza las liviandades de las más ilustres matronas, convertidas en hornos de impuras llamas; muro de bronce en anatematizar la avaricia, el lujo, la dominación y el orgullo de los grandes, bajo cuyo yugo gimen oprimidos los ciudadanos y esquilmaos los pobres. ¡Y todos esos grandes son los validos de la corte y los consejeros del trono! ¿Qué importa al Crisóstomo reprender severamente á la emperatriz en persona? y así como en público aplaude la edificante piedad de que sea digna, así también vitupera en ella cuanto debe.

El héroe mundano decae en la adversidad: el héroe cristiano goza en las persecuciones, y en las penas se crece y triunfa: hé ahí las ideas del Crisóstomo. Venganza de la emperatriz Eudoxia, enojo de los grandes, intrigas de los monjes desatentados, celos de los obispos; finalmente, coligados todos esos elementos contra él, se empeñan en arrojario de su sede y expulsario de la ciudad: ya está firmado el decreto; ya los sayones circuyen iracundos el templo para arrancar de allí al gran sacerdote; mas el pueblo, todo reunido en la iglesia, amenazador y lloroso, forma con sus pechos fuerte valladar á su

propio padre, á su pastor, pues quiero defenderle á toda costa. Hijos de la filosofía, ¿qué hariais vosotros en igual ocasion? Prudencia humana, ¡ah! cuánto abusarías de un favor popular que te brinda con justa defensa y triunfo! admira al héroe del Evangelio y avergüenzate... Juan, humilde, abraza á sus sacerdotes, dá el último adios á las vírgenes allí congregadas, recomienda su grey al clero, besa anegado en llanto el suelo y el altar, y saliendo, para impedir tumultos por una puerta excusada, se entrega en manos de los soldados, y parte. Parte, y véase con él la gloria, la honra de aquella ilustre metrópoli: parte, y por calles, templos y plazas cunde una negra melancolia; en todas las frentes se retrata la tristeza, á la que desdeñosamente contesta la atmósfera, que, condensada en nubarrones, lanza destructor granizo; y también la tierra, que en aquella misma noche sacude con horrible fragor la ciudad consternada. Parte, y con él el apoyo de los ancianos, el consuelo de las viudas, el pan de los hambrientos, la defensa de los huérfanos, y el cuidado de los enfermos, que á su robado padre inconsolables lloran. Parte, y con él la seguridad de las vírgenes, la paz del santuario, la elocuencia del púlpito, la virtud del episcopado y la santidad de los altares. Solo, en medio de tan espantosa tormenta, el Crisóstomo aparece sereno y fuerte en Jesucristo: plácido y majestuoso se enaltece en sus cadenas, mejor que un monarca en su sólio; y ya está meditando nuevas conquistas para la Iglesia con la conversion de los bárbaros, en cuya compañía se encuentra para terminar su preciosa vida.

Mientras tanto los leopardos armados, como decía el mártir Ignacio hablando de sus verdugos, han conducido, ó más bien, arrastrado al Crisóstomo hasta los últimos confines del imperio. ¡Dios mío! ¿cuántas penas, cuántos sufrimientos! Caminar errante de Europa al Asia, de provincia en provincia, de Bitinia á Capadocia, de Pitiunta á Cucuso, pequeña y desierta aldea en las soledades del peñasco Tauro; completa privacion de todo en una edad avanzada y débil; un clima siempre inconstante y molesto; miserables chozas sin cama; terrible morada sin cesar amenazada por las hordas de los Isauros, que todo lo llevan á fuego y á sangre; extremada pobreza: hé ahí, carísimos hermanos, la suerte del más grande, del más elocueate y del más santo entre todos los obispos. ¿Á quién no enajena y conmueve? ¿qué alma deja de sublevarse á la vista de aquel esqueleto de un hombre ya macerado por la penitencia, y ahora consumido por la fiebre y sin medicinas, débil y sin reposo, sediento, moribundo y sin consuelo? Contempladle: no vierte ni una lágrima, no le oiriais jamás un simple lamento si no le oprimiera el ferviente llan-

to y los hondos suspiros por su amada grey, que dejada presa del cisma, conserva tanto más presente en su corazón, cuanto más de ella dista.

Las calamidades de su Iglesia le hacen llorar la desgracia de tanta gente bárbara que fuera de ella se halla. ¡Oh portentos de la caridad evangélica! Solo, desvalido, enfermo y abandonado, á todas esas gentes, con su levantado corazón, abraza el Crisóstomo, y á todas socorre. Envía apóstoles á los fenicios, obispos á los persas; por él conocen á Jesucristo y son regenerados por el bautismo los nómadas escitas, que habituados á no bajar nunca del caballo, aprenden á postrarse ante la cruz. De esta manera, los acerbos dolores de un obispo perseguido y errante se convierten en mayor gloria para la Iglesia, y acrecientan sus triunfos. Mas la tenaz envidia no se muestra aún satisfecha, y nuevo rayo es lanzado de la corte contra el Crisóstomo. No bastan los horrores de Cucuso, porque no bastan á acabar con su existencia. Sea, pues, desterrado de nuevo á Pitiunta sobre el Ponto. Dos desalmados verdugos lo arrancan de su misera choza. Sométese el héroe; y sin fuerzas y devorado por viva fiebre, emprende sin embargo el viaje entre los dolores y los insultos. El valor es sumo, pero las fuerzas faltan: ó detenerse un instante, ó el Crisóstomo sucumbe y fallece.

Ánimate, ¡oh Juan! que este es el postrero de tus padecimientos. Mañana gozarás del premio; así te lo dice el mártir S. Basilio, á quien está consagrado este templo, donde la perfidia de tus enemigos, dejándote necesario reposo, se ve obligada á poner término á tu martirio. Aquí, en efecto, siente el Crisóstomo decaer sus fuerzas; pero revistiéndose al momento de una quietud majestuosa, que solo puede comunicar la virtud evangélica, pasa tranquilo del destierro á la Gloria. Á la Gloria, de que el Altísimo quiere ofrecer á los hombres una insigne imagen en la triunfal traslación de sus cenizas á Bizancio.

¡Santo prodigioso y admirable por vuestra pureza, vuestro celo y paciencia! tomad á vuestro cargo la salvacion de los que os dedican estos cultos confiados en vuestra poderosa intercesion, y haced que imitemos vuestras virtudes. Negociad con el Dios grande en misericordias nuestra bienaventuranza, para que despues de alabarlo, ensalzarlo y engrandecerlo por haberos hecho tan santo, le alabemos y glorifiquemos eternamente con vos en la patria celestial.

## PANEGÍRICO I DE SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR.

*¿Quis infirmatur, et ego non infirmor?  
¿Quien enferma, y yo no enfermo?  
(II. A LOS CORINTIOS, XI, 29.)*

¡Qué respetable es la verdadera virtud! No es enfadosa, rústica ni desabrida; no es desdénosa, imprudente, adusta, seca ni desapacible. Aborrece, si, la ostentacion, el fausto y el artificio; es enemiga de todo engaño; y nunca, nunca puede asociarse con la mentira. Majestuosa en su noble simplicidad, se muestra humilde; pero esto es, precisamente, lo que acrecienta su hermosura. Es verdad que ignora esos aires de cortesania mundana, que tanto desdican de su sinceridad; pero tambien es cierto, que nada omite para dar al Criador y á las criaturas lo que les compete; que siempre atiende á dar honor á Dios cumpliendo con sus divinos preceptos. El hombre virtuoso, dice el Profeta, conserva su corazón en la ley de Dios, y la tiene delante de sus ojos. La única regla de su conducta es la voluntad del Señor su Dios; el modelo que se propone es Jesucristo crucificado; el Evangelio es su ley, y las Vidas de los santos su escuela. En imitar á los escogidos y amados de Dios en su santidad consiste todo su estudio: piensa en la muerte, en la eternidad y en el Cielo; se consuela con las verdades eternas de nuestra santa y adorable religion; y ocupado de continuo en amar á Dios y á los suyos, se alimenta del amor divino, vive de la fé, y es el justo tan elogiado en los libros santos.

Hé ahí, hermanos míos, el retrato de la verdadera virtud, segun san Pablo. De él se valen los ascéticos para exhortar á los hombres á considerar la virtud como es en si misma, y no como el mundo la pinta. Yo me aprovecho del mismo retrato para daros á conocer al héroe de vuestra devocion, al padre de los pobres enfermos, al hombre caritativo, que el Cielo presentó en Granada, al español más benéfico que ha dejado verse en la tierra, al verdadero amigo de sus

semejantes, al grande, al esclarecido y admirable san Juan de Dios, cuyo solo nombre revela toda su virtud, todo su mérito, toda su grandeza. ¿No puede asegurarse, que cuanto se enuncia de la virtud se predica de este Santo prodigioso? En este discurso lo vereis. San Juan amó á su Dios cumpliendo con sus divinos preceptos. Por amor de Dios amó también á los hombres con una caridad tan acendrada, que bien podia decir á todos como san Pablo: ¿quién de vosotros enferma, y no enfermo yo en él? Está indicada la materia que he elegido para formar el panegirico de san Juan de Dios con provecho de vuestras almas. Dios quiera favorecerme con su gracia. A. M.

Siendo concebidos en pecado, todos nacimos esclavos del demonio, hijos de maldición y objeto del furor divino. Pero los cristianos renacimos en las saludables aguas del bautismo, y desde entonces, gozamos la preciosa libertad de hijos de Dios, adquirimos derechos á la herencia eterna de la Gloria, y entramos á ser miembros del cuerpo místico de la Iglesia, de la cual es *cabeza* Jesucristo, *cuello* su santísima Madre, y *pecho* los santos padres y doctores escogidos por el Espíritu santo para regirla y gobernarla. Ved ahí nuestra dicha, los títulos de nuestra nobleza y nuestra incomprendible dignidad. El nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honoríficas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos brillantes y lucrativos, los nombres magníficos, y toda esa grandeza ampulosa que tanto se aprecia entre los mundanos; ¿qué viene á ser sin las virtudes cristianas? Nada. Llenos están los Infiernos de esos dichosos del mundo, de esos héroes de la fábula, de esos semidioses, que se han dejado ver sobre la tierra. Pero ¿han sido felices tan siquiera en ella? No, carísimos hermanos. Los monarcas más poderosos no han podido impedir que nazcan las cruces en los mismos regios alcázares, habiéndolas sembrado Dios en todas partes. Solo la virtud cristiana puede convertir en flores las espinas, los trabajos en delectaciones, la tribulación en gozo, la penitencia en consuelo. La virtud sola, auxiliada de la gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazón, desvanece los espantos, disipa los temores y hace gustar al alma una alegría pura, precursora de la que gozan los bienaventurados en la Gloria. Búrlense en hora buena los mundanos de la modestia, de la circunspeccion, de la vida penitente y fervorosa de un virtuoso y timorato; llamen iluso, fanático y preocupado á un buen cristiano; y juzguenle con la sabiduría nécea é inserta del mundo; que al fin todos vendrán á confesar, que solo son dichosos los que aman á Dios y cumplen con sus preceptos.

Hablen sinó los hechos: preséntese san Juan de Dios á la consideracion de los sensatos: examinen su vida prodigiosa, siganle en todos sus pasos; y si en su juventud le encuentran disipado, admiren su conversion, vean su asombrosa penitencia, mediten sobre el amor divino, que abrasaba su corazón, fijen su atencion en sus virtudes heroicas; y digan si no es cierto, que los que desprecian las pompas y vanidades del mundo por seguir á Jesucristo, son los verdaderos grandes, ricos y poderosos de la tierra. Es educado nuestro Santo en el temor de Dios: le enseñan sus padres á huir del pecado; pero él huye de la casa paterna, sienta plaza de soldado y se pervierte. En la licencia militar el error era su padre, la disolucion su madre, la maldad su compañera. Este jóven inexperto se desboca, se precipita, comete un delito de esos que en la milicia se castigan con la pena de la vida, y es justamente condenado á la horca. Pero Dios le mira desde el Cielo, la Providencia le tenia destinado para ilustrar al mundo con sus virtudes, y dispone que no se ejecute la sentencia de muerte en nuestro Juan, sinó que sea arrojado ignominiosamente del cuerpo y entregado á los remordimientos del crimen. Aquí puede decirse que principia la vida santa de este nuevo Pablo, de este Agustín convertido, de este Bruno penitente.

San Juan de Dios, ilustrado con las luces de la fé, mira sus pecados como los miraron san Pedro y la Magdalena, las Pelagias y Egipcíacas, los Ciprianos y otros mil y mil santos, que asombraron al mundo con sus penitencias. En la soledad de su corazón estudia al hombre, y conoce lo que es cuando, presa de sus pasiones, condena las máximas del Evangelio, se fabrica una especie de religion acomodada á sus sentidos, y vive sin fé, sin devocion y sin piedad. Á los piés de Jesús crucificado comprende, que los gustos, alegrías, diversiones, felicidad y riquezas de los mundanos, son nombres espiciosos propios para engañar á los mortales; y con la gracia que le iluminaba lo detesta, los abomina, los relega al olvido de un desprecio eterno, y dice á su Dios como el publicano del Evangelio: Señor, pequé, tened misericordia de mí.—Entonces el Dios de los humildes infundió en su siervo la gracia que santificó á la Samaritana, á Zaqueo, á la pública Pecadora, á la Mujer adúltera, al buen Ladrón, y á cuantos le invocaron humildemente. El espíritu consolador inflama el corazón de nuestro Santo, le llena del amor divino que hizo un serafín de la Magdalena; y despues de haberle dirigido para hacer una confesion general muy dolorosa, le presentó al mundo como á los apóstoles en Jerusalén el día de Pentecostés. No se contentó Juan con confesar, detestar y arrepentirse de sus culpas y

pecados: la llama del amor divino le devoraba; amaba á su Dios y Señor con un amor tan fervoroso, que deseando acreditarlo con pruebas ciertas y positivas, marchó al África á dar su vida por Jesús, á sufrir y padecer los dolores y tormentos del más cruel martirio, creyendo que así podría demostrar la sinceridad de su conversión, y el amor que tenía á Jesucristo. Llegó á Ceuta, encontró á un caballero portugués con su mujer y cuatro hijas sumidas en la mayor miseria; y no solo se ofreció á servir de criado á aquella pobre familia, sino que movido de aquel fondo de compasión y caridad que formaba su distintivo y carácter, se puso á trabajar de peon en las obras públicas para ayudar con su triste jornal á aquellos necesitados. Aquí se descubre el terreno en que este santo prodigioso habria de manifestar sus virtudes dependientes del entrañable amor que tenía á Dios y á los hombres. Esta caridad ardiente le dió á conocer la voluntad de su divino Redentor; y por cumplirla, se retiró á España y llegó á Gibraltar. Caminando cierto día hácia el interior de la nacion católica, encontró á un niño hermosísimo que caminaba con los piés descalzos. Era Jesús, que mostrando en su mano una granada abierta, de cuyo centro salía una cruz, le dijo: Juan de Dios, Granada será tu cruz; y al punto desapareció. ¿Quién será capaz de hacerlos percibir el dulcísimo consuelo de que fué inundado en esa ocasion este prodigioso Santo? Es verdad que entónces no comprendió el misterio; pero tambien es cierto, que se acrecentó en su alma el amor celestial que infunde el Espíritu santo en los corazones de los justos, y que ya no tenía otros pensamientos que los que tiene un verdadero penitente, un hijo de la gracia, que hace ángeles de pecadores.

Llega por fin á Granada San Juan de Dios. Asiste á un sermón, que predicaba el venerable Ávila, llamado el *apóstol de Andalucía*; y el Señor encendió en su corazón un arrepentimiento tan vivo y una contrición tan perfecta de sus pecados, que llenó la iglesia de sollozos y gritos descompasados. Salió á las calles y plazas; y como si fuera un frenético, por todas partes iba gritando y diciendo á voces: ¡Señor! misericordia; ¡Señor! misericordia. Todos creyeron que habia perdido el juicio; le tuvieron por loco; le tomaron por su cuenta los muchachos y gente de la plebe; y bien comprendéis cómo le tratarían. Pero San Juan de Dios amaba á Jesús, vivía en los brazos de la penitencia; y el sufrir desprecios, baldones, oprobios, afrentas, dolores y trabajos era lo que deseaba su alma atribulada con el recuerdo de sus pecados. Loco, loco he sido, efectivamente, en haber pecado y ofendido á mi Dios; loco soy en no convertirme produciendo fratos dignos de penitencia; merezco todo cuanto se me haga su-

frir; atormentad, herid y despreciad á este miserable merecedor de las penas del Infierno. Así se explicaba públicamente San Juan de Dios por todos los puntos de Granada, ofreciendo un espectáculo tan extraordinario, que llamó la atención de las autoridades, las cuales llevaron al Santo á presencia del venerable Ávila, para que examinase su espíritu y viese cómo debería tratarse á un hombre tan raro y singular. El gran maestro, conocedor de espíritus, quedó admirado de la heroica simplicidad del humilde penitente; alabó á Dios por los adorables desigios de su providencia; consoló á Juan, exhortándole á que pusiese toda su confianza en la infinita misericordia del Dios, que habla muerto por nosotros en una cruz afrentosa; le mandó que se abstuviese de aquel género de mortificación, ordenándole que cesase en su aparente demencia; y San Juan de Dios quedó consolado, sumiso y obediente á la voluntad de Dios manifestada por su ministro.

Repentinamente se notó en el Santo una mudanza asombrosa; la que dando á conocer á todos los motivos verdaderos de sus extrañas humillaciones, principiaron á venerarle y á tenerle por lo que era: por un asombro de penitencia. Creció la admiracion de los grandes y poderosos, de la nobleza y de la plebe, al observar que San Juan de Dios se presentaba como el modelo y ejemplar más edificante de la caridad, de la compasion, piedad y misericordia; y, efectivamente, este era el terreno en que el Omnipotente quiso dar á conocer a siervo fiel entregado á su servicio. La caridad es el complemento de la ley, segun San Pablo: ella hace suave el yugo de Dios y livera su carga; es el alma, la vida y la fuente de todas las virtudes; y sin ella, ni la fé, ni la profecía, ni el martirio tienen precio delante del Señor. La caridad es en el órden la última de las virtudes teologales, pero es la primera en la perfeccion y la más excelente de todas; porque á todas las manda, á todas las perfecciona, á todas las mueve, á todas las dirige y todas las sirven; pudiéndose asegurar, que en donde reina la caridad están todas las virtudes, y aún Dios mismo, porque Dios es caridad, segun San Juan Evangelista. La caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera: es benigna y apacible y se alegra de la verdad, repugnándole la envidia, la ambicion, la soberbia y la maldad. La caridad... pero al describirla se me figura que hago el elogio de San Juan de Dios, porque esta reina de las virtudes parece que fijó su asiento en este Santo maravilloso, y que en él quiso darse á conocer á los mortales. Amó San Juan de Dios á su Dios con toda su alma, con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos; llegando á ser este amor divino el distintivo de este Santo, el móvil de todas

sus acciones, el alma, la vida y el corazón de este serafín encarnado. De ahí el verse en San Juan de Dios vivas, latentes y palpitantes todas las doctrinas de los santos Padres en orden á la caridad. Si San Agustín dice, que el hombre, compuesto de alma y cuerpo, es de dos maneras objeto de la caridad, en San Juan de Dios deja verse que la caridad socorre al hombre en sus necesidades corporales; que le viste si está desnudo; que le alimenta si está hambriento; que le visita si está en la cárcel; y que le ayuda, le asiste, le sirve, regala, consuela y socorre si está enfermo. Si la caridad, dice otro santo Padre, sirve de ojos al ciego, de manos al manco, de piés al paralítico, y es un remedio universal á las enfermedades del cuerpo igualmente que á las del alma; si la caridad alumbra al hombre que vive en las tinieblas de la ignorancia, alienta al que desfallece de pena y lleva la alegría, la paz y el consuelo á los desolados; ¿no se ven, se palpitan, se sienten y se perciben todas estas cosas en San Juan de Dios? Vedle en aquella pobre casa que alquiló en Granada, para recoger á los pobres enfermos que encontraba abandonados en las calles, y en el caritativo cuidado y diligente solicitud con que los asistía, socorria y atendía, y conoceréis que San Juan de Dios, semejante á la gallina amorosa que tanto se afana por sus polluelos, no pensaba más que en llamar, buscar y recoger enfermos y necesitados para socorrerlos, cuidarlos y ampararlos. Conoceréis que su caridad eximia le hacia mirar su pobreza evangélica como un manantial inagotable de riquezas, y que con ella no dudó emprender la obra más colosal que en aquellos tiempos tuvo lugar en la España: pues sabido es, que de aquel primer asilo de los pobres enfermos se hizo á impulsos del celo de San Juan de Dios el hospital más grande y famoso de toda Europa. Comprenderéis tambien, que un Santo, encendido y abrasado en amor de Dios y de los hombres, es el más á propósito para fundar, como nuestro Santo fundó, la Religión de la Hospitalidad, que Dios suscitó para renovar en él y en sus hijos la caridad fervorosa de los primitivos siglos de la Iglesia; y no extrañareis, que tan benéfico y humanitario instituto se haya extendido por todos los ángulos de la tierra, siendo el asombro y admiracion, no solo de los fieles, sino hasta de los mismos ímpios, que habiéndose declarado contra las órdenes monásticas, respetaron la esclarecida de San Juan de Dios, tipo, modelo y ejemplar de toda obra inspirada, dirigida y consumada por la caridad. Seguid los pasos de este singular hijo de la caridad, y le vereis salir de su hospital para ir á socorrer á los pobres vergonzantes, á amparar á las doncellas pobres, á sacar con sus santas industrias á las mujeres perdidas del infeliz estado de la

culpa al dichoso de la gracia, y tomar sobre sí la solicitud de todos, como san Pablo, á quien siempre imitaba diciendo á todos sus semejantes: ¿Quién de vosotros enferma, y yo no enfermo con él? *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor?*

Hombre de este temple, formado en la escuela de Jesús, y dirigido por su santo espíritu, no podia obrar ni vivir sin pensar de continuo en su Dios, sin alimentarse de la oracion, manjar de los santos, como lo aseguran los santos mismos. Siempre oraba san Juan de Dios, puesto que nada hacia sino pidiendo, suplicando y alabando á su divino Redentor. De ahí el haberle dotado Dios del dón de la más alta contemplacion, el haberle favorecido con las mayores gracias, el haberle dispensado el dón de profecía y de milagros, y el haber merecido que se le apareciese en una ocasion Maria santísima, y le dijese: *Juan, por las espinas y trabajos merecerás la corona de gloria que mi Hijo te tiene preparada en el Cielo.*

Encontró un dia San Juan de Dios un pobre, que, al parecer, estaba para espirar: cargó con él, le llevó al hospital, lavóle los piés, y al ir á besárselos, como acostumbraba, vió que los tenia taladrados como los de un crucifijo: levantó los ojos para ver al pobre, y halló que era Jesucristo, que le decía: Juan, todo lo que haces con mis pobres lo recibo yo como si lo hicieras conmigo mismo: cuando tú lavas sus piés lavas los míos; cuando curas sus llagas curas las mías. Dicho esto desapareció el pobre divino y celestial, dejando á San Juan de Dios cercado de una llama tan resplandeciente, que los enfermos, asustados, creyeron que se habia prendido fuego y que ardia el hospital. Despues de esto principió á enfermar de amor este santo esclarecido: fijó entonces su vista en el Cielo, se preparó con los santos sacramentos; y encomendando su espíritu en manos del Señor, murió como santo, y los ángeles le introdujeron en la patria del descanso eterno, en donde por los siglos de los siglos será dichoso y feliz por haber sido virtuoso.

He concluido; pero no bajaré de este púlpito sin exhortaros á hacer aplicaciones para que me digais, si puede enunciarse de la virtud alguna excelencia que no haya manifestado nuestro Dios en este su santo Siervo. Si no tenemos en él el modelo y ejemplar más á propósito para convertirnos al Señor; confiar en su piedad y misericordia; emprender con su gracia el viaje del Cielo por el camino de las virtudes; y prometernos de la bondad inmensa de nuestro Dios aquella gracia eficaz, que hizo tan santos á los apóstoles, tantas veces reprendidos de terrenos y carnales por nuestro divino Salvador y Maestro. Si en estos tiempos se desprecian las aseveraciones teóri-

cas, y se piden hechos positivos que afecten á los sentidos, hechos irrefragables os he propuesto. Meditadlos en el hombre virtuoso que nos ha traído á este santo templo. No perdais de vista á San Juan de Dios, pues que él os señala la senda recta que conduce á la celestial Jerusalén de la Gloria, que á todos deseo. *Amén.*

---

## PANEGÍRICO II

### DE SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR.

---

*Ordinavit in me charitatem.*  
 Ordenó en mí el amor.

(CANT. II, 4.)

¡Cuán raras son las obras de la caridad que, fijando sobre sí las esperanzas del mundo, se atraigan al mismo tiempo las gracias del Cielo! La apariencia de los sentimientos no siempre lleva el sello de la sinceridad. Es una caridad política, á la cual mueve el interés; una caridad ostentosa, cuya vanidad corrompe el mérito; una caridad que sorprende al mundo, porque no sabe conocer la falsedad ni la hipocresía. El mundo es el centro de la ilusión. La verdadera caridad es pura en sus motivos, sublime en sus designios, desinteresada en su conducta, humilde en sus sucesos; y hace igualmente el elogio, tanto de la religion que la inspira, cuanto del héroe que la practica.

Todavía no he citado á S. Juan de Dios; pero ¿será necesario nombrarle para quien reconozca su carácter? Como modelo, apóstol y víctima de la caridad, la consagró sus trabajos, encontró en ella su gloria, y parece que la ofreció todas sus virtudes. Si reflexionamos acerca de sus acciones y sentimientos, hallaremos, que la caridad misma se tomó el cuidado de formar su corazón. Al oír su voz todo lo dejó, todo se atrevió á emprenderlo, y todo consiguió realizarlo. Ó por decirlo mejor, el Cielo fué quien llamó á nuestro Santo al ingrato y penoso ministerio de la caridad, d'rigiéndole y señalando sus pasos con el resplandor de sus milagros. *Ordinavit in me charitatem.*

La caridad que Dios inspira fué su vocacion. La caridad que Dios anima fueron sus empresas. La caridad que Dios corona fué su recompensa. Os lo demostraré despues de implorar los auxilios de la gracia por la intercesion de la Santisima Virgen: *A. M.*